

CARTA VII.

EL ARCO-IRIS.

Abril 26 de 1873.

«¿Qué oí? Al dirigirme nuevamente esta pregunta para reanudar el relato interrumpido, imagino la cara que pondrás al leerla. ¡Con cuánta curiosidad!.... No, perdona.... ¡Con cuánto interés buscarás en el curso de esta carta la terrible revelación que hace ya dos correos esperas!.... Porque, francamente, por más familiarizado que estés con los recursos dramáticos á que el arte apela para suspender nuestra atención, y tenernos, como vulgarmente se dice, con el alma en un hilo, es cosa segura que en este momento no puedes evadirte del interés, digámoslo así, dramático, que mi situación te inspira; porque aun cuando el recurso te parezca ramplón y de pésimo gusto, nunca es indiferente la situación de un hombre que, alevosamente colocádo detrás de una cortina traidora, escucha la conversación de un hombre verdaderamente misterioso y de una mujer realmente bella. Y si á esto añades que el que escucha es un marido que ve visiones, y los que hablan son Elisa

y Montenegro, no te será posible desconocer la fuerza, á la vez cómica y trágica, de una situación semejante.

Y he aquí que yo, pobre millonario, infeliz hombre de negocios, ser prosaico que, según tú, no sé contar más que dinero, te tengo á ti con todas tus ínfulas poéticas y con todas tus pretensiones literarias, suspenso el ánimo y pendiente la atención, forzoso es decirlo así, de mis oídos. Tú también, como un simple mortal, más aún, como un simple lector, escuchas conmigo detrás de la cortina, y, haciéndote mi cómplice, te despepitás interiormente por saber, con toda la minuciosidad posible, lo que se habla por los personajes consabidos en el gabinete del *trousseau*.

Es más: tu corazón, lo mismo que el mío, palpita desasosegado al acercarse al extraño secreto que vamos á descubrir. Tú también temes, también esperas, también dudas. Tú también afinas el oído para no perder ni sílaba, ni letra, ni acento; tú también, como yo, participas de esa inquietud, de esa impaciencia nerviosa que se apodera de nosotros en los momentos críticos.

No muevas la cabeza ni frunzas el entrecejo. ¿Te parece impertinente esta digresión?... Pues no me atribuyas su mérito. Yo he leído tu *Manzana de oro*, y en ella he sufrido el tormento de todas las digresiones. Te imito, ¿qué más quieres?... Pero vamos al caso.

¿Qué oí?... ¡Ay, querido amigo mío! Tu in-

terés excitado va á sufrir una terrible contrariedad, porque, preciso es decirlo, no oí absolutamente nada. Toda la vida de que dispongo se había agolpado á mi atención.... : era todo oídos ; pero inútilmente, porque al otro lado de la cortina reinaba un triste silencio , y parecía que el gabinete del *trousseau* estaba desierto. ¿ Habría puesto Montenegro término á su inesperada visita ? No era probable, pero al fin era posible, y en tal caso, Elisa y Octavia, sucumbiendo al fastidio de la soledad, se habrían dormido la una enfrente de la otra , después de algunos bostezos. No acertaba á explicarme aquel silencio de otra manera.

Fácil me era salir de la duda en que me hallaba, renunciando á la inútil expectación de los oídos y apelando á los ojos ; pero las cosas más sencillas suelen tener á veces muy serias dificultades. La amplia cortina que cubría la puerta del gabinete no dejaba resquicio ninguno por donde yo pudiera lanzar mis miradas, y no me atrevía á apartarla, temeroso de que el movimiento de la cortina me descubriera.

En esta incertidumbre me encontraba , cuando me pareció que pasaba por delante de mis ojos una nube fugitiva, como si la amortiguada llama del gas, que débilmente iluminaba el salón contiguo, se hubiera ocultado un momento para brillar de nuevo. Volví la cabeza, y en el fondo de un espejo, en que brillaban los reflejos de la luz, me pareció ver algo que se desvanecía como una sombra

que se disipa, y me acometió una idea terrible. ¿ Habría sido sorprendido por algún criado indiscreto en aquel ridículo espionaje? Registré la habitación en que estaba y el salón inmediato, y no encontré indicio ninguno que confirmara mi sospecha. Indudablemente, todo ello era una alucinación de mis ojos ; mas, no obstante, resolví abandonar aquella posición de marido de melodrama , entrando resueltamente en el gabinete del *trousseau*, y renunciando á penetrar en el tenebroso secreto de Montenegro.

En efecto : tendí el brazo para apartar la cortina que tenía delante ; pero en aquel momento sonó al otro lado de la puerta una cosa semejante á un suspiro. Me detuve y esperé, y no tardé mucho tiempo en percibir el murmullo de una conversación íntima, cuyas palabras no distinguía yo con la claridad necesaria para entenderlas, advirtiendo que eran dos voces las que hablaban, cuyos diversos timbres me indujeron á creer que Elisa y Montenegro se hallaban en el momento crítico de una reservada confidencia.

Sin duda alguna, mi bella Elisa había sido bastante diestra para alejar de allí á Octavia, y el infeliz Montenegro, solo y frente á frente de tan formidable enemigo, se rendía á discreción, vaciando el saco de su secreto.

Consideraba la satisfacción con que Elisa recogería la confidencia de una revelación tan deseada, al mismo tiempo que experimentaba yo un tor-

mento indecible. Ellos hablaban, y yo los escuchaba y los oía sin entenderlos; y mis oídos andaban á tientas por las obscuridades de aquellos murmullos, que hacía más apagados la pesada cortina que cerraba el paso á mis miradas.

Después de pasar por la humillación de escuchar, nada podía humillarme tanto como no oír; y comprendí el furor de Mucio Scévola al abrasarse la mano que no había sabido dar bien una puñalada. Yo estaba furioso contra mis oídos porque no sabían oír.

La voz de Montenegro se levantó al fin sobre las notas graves de aquel diapasón oscuro, y oí distintamente que decía:

—En efecto: nuestra situación es algo embarazosa; se encierra V. en unas reticencias que no me atrevo á comprender. Desea V. que nos entendamos; pues bien: ¿por qué no nos entendemos?

Si por las simples inflexiones de la voz puede colegirse la situación de ánimo del que habla, creí entonces, y aún persisto en ello, que Montenegro se hallaba agradablemente sorprendido. Temí que Elisa, empeñada en forzar el secreto que excitaba su loca curiosidad, hubiera traspasado los límites de la discreción.... ¡Discreción! Ya ves que uso una palabra razonable, porque comprendo que seríamos demasiado exigentes si pretendiéramos que nuestras mujeres fueran discretas precisamente en las ocasiones en que más necesitan serlo.

Esto no quita, para que en aquel momento

apretara los puños con todas mis fuerzas, aplicando el oído con toda mi alma.

—Señora (volvió á decir Montenegro): no desconozco que en el paso que acaba V. de dar encontraría la maledicencia pretexto suficiente para entregarse á las más desfavorables suposiciones; mas si yo he merecido su confianza, es, sin duda, porque ha sabido V. comprenderme.

Elisa debió mostrarse dudosa de la sinceridad de estas palabras, porque nuestro hombre hizo los más solemnes juramentos.

Obligar á un hombre á que jure, es obligarse á creerlo, y este es un peligro que las mujeres se buscan con demasiada frecuencia.

Montenegro siguió diciendo:

—Dice V. que le es indiferente el juicio que el mundo pueda formar de sus acciones y de sus sentimientos; y eso revela una gran superioridad de alma.

¿Qué te parece la superioridad de alma de la bella mujer que me ha tocado en suerte?... Me era desconocida. Ignoraba que Elisa sintiera hacia el mundo en que brilla un desdén tan profundo, y sobre todo tan cuidadosamente guardado hasta ahora. De los tres enemigos del alma, había yo creído que sólo el mundo me disputaba su corazón. ¡Cuán injustos somos algunas veces en nuestros juicios! ¿Te atreverás á decirme que esta revelación, tan inesperadamente sorprendida, no debía tranquilizarme? Sin embargo, esa superioridad que el mismo Montenegro reconocía, me humillaba en

cierto modo; y, buscando entre mis cualidades una que valiera, por lo menos, tanto como la que acababa de descubrir en Elisa, recordé con satisfacción la seguridad prodigiosa con que sé partir diez balas seguidas en el filo de un cuchillo á la distancia de veinte pasos.

De todas maneras, sentía hacia Montenegro cierta gratitud, pues por él sabía la existencia de aquel nuevo encanto de Elisa, que yo en ella jamás hubiera adivinado. ¡Cuántas veces ignoraríamos las más estupendas cualidades de nuestras mujeres, si los amigos que ellas prefieren no las descubrieran!

Todas estas reflexiones me acometían mientras que Elisa murmuraba por lo bajo palabras que no alcanzaba á entender. Su voz formaba un murmullo misterioso que me era imposible descifrar. Como ves, no oía más que media conversación; pero me bastaba para comprender que no presenciaba, digámoslo así, la escena bíblica en que la astuta Dalila arranca á Sansón el secreto de su fuerza, sino más bien aquella otra escena de la fábula griega en que la bella Elena se deja robar por Paris. Así es que allá, en lo más oculto de mi pensamiento, no pude menos de exclamar: «¡Aquí fué Troya!»

Supongo que no continuarás creyendo que el secreto de Montenegro era lo que aquí se hallaba en peligro; y si por si acaso se te ocurre acerca de este punto alguna duda, oye de nuevo á nuestro hombre:

—Me someto sin replicar (dijo) á la prueba

que V. me impone; es un pacto en el cual entro á ciegas, y desde ahora le aseguro, bajo palabra de honor, que seguiré puntualmente sus advertencias. Me interesa vivamente el misterio de su conducta para conmigo. V. dice que no es dichosa y que quiere serlo á toda costa; que en este momento hace un sacrificio cuyo heroísmo no será jamás comprendido. Confieso que hay en esas frases una claridad que me deslumbra; pero sería yo demasiado presuntuoso si intentara comprenderlo.... ¿Se sonríe V.?...

—Sí,—contestó Elisa, con acento oscuro y conmovido.

—¿Qué debo pensar?—preguntó Montenegro.

—Puede V. pensar lo que quiera (contestó ella á media voz), porque es lo mismo.

Creí que mi curiosidad no me autorizaba á escuchar por más tiempo una conversación que, francamente, empezaba á parecerme pesada, á lo menos para escucharla escondido detrás de una cortina, y retrocedí algunos pasos; hice discretamente ruido en el salón contiguo, tosi con la mayor naturalidad del mundo, y canturreando unas notas de *María de Roban* me adelanté, haciendo sonar mis pasos sobre la alfombra; aparté, en fin, la pesada cortina, y entré, con la sonrisa en los labios, en aquel gabinete donde, en la memorable noche de mi boda, había brillado el *trousseau* de Elisa con todos los rayos de nuestra felicidad y de nuestra fortuna.

Felizmente, pude contener una exclamación que estuvo á punto de escaparse de mis labios, y para ello tuve que hacer un grande esfuerzo, porque jamás he experimentado una sorpresa más extraordinaria.

Montenegro me miró con afable sonrisa, y dejándose caer sobre el respaldo de la butaca que ocupaba, me dijo:

—Me parece que por esta noche podemos responder de la tranquilidad pública. ¿Viene V. del Casino?

—No,—le contesté.

—En ese caso (añadió), no habrá V. oído nada.

—Sí (dije á mi vez), he oído algo.

Pronuncié estas palabras sin atreverme á fijar los ojos en el semblante de la que hacía un momento celebraba con Montenegro la extraña conferencia que hemos oído. Mas aun cuando no la miraba, la veía tranquilamente reclinada sobre el diván, con todo el reposo de la más perfecta inocencia.

—¡Oh! (exclamó con visible desdén.) En la época que alcanzamos es preciso dudar hasta de nuestros oídos, porque ¡se oyen unas cosas tan estupendas!

No sé qué hubiera contestado á esta especie de provocación; pero en aquel momento se abrió de par en par la puerta que conduce al tocador de Elisa, y apareció ésta, diciendo:

—Sr. de Montenegro, perdone V. que no haya

hecho á su visita los honores debidos; las amas de casa tenemos siempre asuntos domésticos que interrumpen nuestras más agradables distracciones. En cambio, con mi prolongada ausencia he dado á V. una prueba de confianza. Además (añadió), mi amiga Octavia, que posee un talento exquisito, habrá sabido hacerle á V. agradable la noche.

¿Comprendes ahora la sorpresa que experimenté al entrar en el gabinete del *trousseau*? ¿No era Elisa la que hablaba con Montenegro!... ¿Era Octavia!... ¿Por qué no lo presumí?... ¿Por qué no lo adiviné?... ¿Por qué?... Voy á decirte: porque jamás lo hubiera creído.

Poco después se retiró Montenegro, y yo no tardé mucho en seguir su ejemplo. Tenía necesidad de encontrarme solo, y me refugié en mi cuarto. Al despedirme de las dos amigas, saludé á Elisa con afable humildad, como si hubiera querido pedirle perdón de mis atroces sospechas, y debo decirte que recibió mi saludo con la sonrisa más encantadora de su repertorio; con aquella misma sonrisa con que recibía mis saludos antes de nuestro matrimonio. Esta sonrisa brilló á mis ojos con todos los colores del arco iris. Era señal de paz entre el cielo y la tierra: la tempestad había pasado.

Por lo que hace á Octavia, le di fríamente las buenas noches.

Basta. Ahora espero que me participes todas las reflexiones que te sugiera esta carta; no te las perdono.»